

Las obras de *El Ruedo Ibérico* van haciendo ruta por ese camino que les trazó su creador pasada ya la claridad del mediodía. Del estilo recamado de adjetivos y metáforas salta Valle Inclán a la prosa trémula, viviente, cinematográfica, cargada de acción y movimiento.

Murmuraciones de palacio, intimidades de alcoba, asonadas de cuartel, «oro, seda, sangre y sol» de plaza de toros, confesores enérgicos y monjitas alucinadas y dominadoras, curas que ahorcan las sotanas y toman la carabina del guerrillero hacen ondear las páginas de *Viva mi dueño* con un viento de actualidad trágica e inminente. Se lee, se lee sin el tropiezo de la literatura, empujado por el ansia de estar cerca de esas vidas aventureras y heroicas, de sorber su tesoro vital hasta las heces. No encontramos en el libro almas paráliticas, corroidas por una sujeción servil a la realidad, incapaces de esfuerzo y heroísmo. Esas almas disfrazan su cobardía de escepticismo y su condición servil de desdén por lo patético e indiferencia por lo heroico. En las páginas de *Viva mi dueño*, en las que voluntariamente se deforma la realidad en una admirable armónica mixtura de tragedia y bufonada—el esperpento—, respiramos una atmósfera de alta tensión saturada de aventura, de intriga, de odio, de violencia, de sacrificio. Allí los hombres son hombres y las pasiones son pasiones.

Valle Inclán es un ejemplo glorioso e ilustre de la atracción que como un norte mueve las mentes más claras de la época: la simplificación de la forma literaria. No es la pobreza del indigente sino el lujo del gran señor que se despoja de galas insolentes cuando va a la conquista del mundo y se reviste, como de una túnica, de su gran dignidad interior.

ALHUÉ. *Estampas de una aldea*, por González Vera.—Santiago, 1928.

Hasta los detalles son simpáticos en este libro:

Esta obra, en número de mil ejemplares, se imprimió, por cuenta del autor.

en la Imprenta Universitaria. Su impresión quedó terminada en los últimos días de Noviembre de mil novecientos veintiocho.

Participaron en su composición, impresión y encuadernación los siguientes obreros:

Pedro Méndez, monotipista; Luis Aguirre, fundidor; Guillermo Fernández, compaginador; Carlos Brown, tipógrafo; Manuel Sánchez G., prensista; Moisés Hervías, encuadernador; Víctor J. Sepúlveda, corrector de pruebas, y Austreberto Herrera, regente.

Creo que en el Uruguay, en algunas ocasiones, Carlos Sabat Ercasty, el recio poeta de los cantos del hombre, del mar y de la noche, ha realizado en algunos de sus libros análogo gesto justiciero. Y así el uruguayo y nuestro autor hacían verdad lo que Eugenio d'Ors nos predicaba bella y oblemente en su plática admirable: tanta dignidad y tanta poesía hay en escribir un soneto, como en hacer un par de zapatos o en escuchar, sintiéndola, la música de las esferas. Amar el oficio quiere decir hacer las cosas bien y hacerlas con alegría.

Veamos cómo González Vera cumple su menester literario. Siguiendo el ritmo de su primer libro, *Vidas Mínimas*, destaca su estilo humilde, de puro perfil ascético. González Vera ha hecho una religión de la pobreza y en este libro llega a perfección en su anhelo. Dan deseos de decirle: Fray González Vera. Y uno se lo imagina con su oscuro sayal franciscano, en un gesto de beatitud y de dulzura, en una atmósfera de elevación y misticismo. Su prosa es un cuadro primitivo en que las cosas y las almas parecen hieratizarse en el momento propicio.

El autor mira el paisaje en torno con una frígida imparcialidad y derrama displicentemente, sin darle ninguna importancia, una ironía tan suave y que parece tan exenta de ternura, que sume al lector en la perplejidad. Porque, ¿qué es González Vera, quién es González Vera? Empieza a borrarse la visión del franciscano enamorado de la pobreza y se ve a un hombre delicado y fino que hunde en la realidad los instrumentos de su análisis inmisericorde. Y esto también sin darle importancia ninguna, sin aspavientos de reforma social ni gesticulaciones de predicador. Todo simple y naturalmente.

La misma dedicatoria de su libro, que parece no decir nada, encierra un cúmulo de anhelos y esperanzas. El cristal de la palabra trasparenta un corazón afectuoso, abnegado, leal. Y, como siempre, todo pasa sin darle importancia ninguna.

Saludemos en González Vera el advenimiento de un gran escritor.—R. M.